

PREGÓN SEMANA SANTA

CHINCHILLA 2011

Estimadas autoridades, Sr. Alcalde, Sr. Párroco, Junta de cofradías, representantes de las hermandades, nazarenos y nazarenas... y ante todo y sobre todo queridos paisanos, amigos y familiares.

Es para mí motivo de profunda alegría encontrarme aquí, entre vosotros, en esta noche tan especial, en la que comienza oficialmente nuestra Semana Santa. Y digo bien nuestra, en primer lugar por haber nacido en este pueblo, porque aquí están mis raíces, mi familia y muchas personas queridas. En segundo lugar, porque durante muchos años la Semana Santa formó parte de mí y yo formé parte de ella y, a pesar de que durante bastantes no he podido compartirla con vosotros, siempre la he vivido y la he sentido, la vivo y la siento, aún en la distancia.

Por ello, también es motivo de agradecimiento, el hecho de que se haya pensado en mí para ser la pregonera; permitirme así ser parte de ella una vez más y de una manera tan especial que seguro no olvidaré nunca.

Siento igualmente la exigencia que supone presentarme ante vosotros y poder decir las palabras oportunas. Espero estar a la altura y pido disculpas de antemano, si no sé hacerlo, pero desde que me propusieron participar en este acto tuve presente, sobre todo, el cariño que siempre me habéis demostrado y la generosidad que habéis tenido con nosotras, Misioneras Cruzadas de la Iglesia, colaborando en proyectos misioneros en muchos lugares del mundo.

Por todo ello, con enorme gratitud acepté el desafío y aquí estoy, bastante nerviosa, pero muy ilusionada.

Para mí, decir Semana Santa de Chinchilla es llenarme de recuerdos, de vivencias y de sentimientos. Con este pregón pretendo sencillamente compartir algunos de ellos y también lo que significan para mí los Misterios de la Pasión del Señor, a la luz de nuestra Semana Santa.

Desde que salí del pueblo, he conocido y vivido otras "Semanas Santas" muy diversas; algunas sobrias y austeras, como las de Castilla y otras más bulliciosas y festivas como las andaluzas... En todas he podido descubrir la devoción de unos pueblos que manifiestan su fe, según su cultura. Y estas expresiones son las que hacen que cada una de ellas sea única.

Para nosotros también nuestra Semana Santa es única. Única, porque posee tradiciones únicas que se han conservado durante siglos y que no sólo se han mantenido, sino que han mejorado y evolucionado, uniendo tradición y modernidad, pasado y presente. Única, porque es difícil contar con un entorno tan privilegiado, haciendo de la expresión de fe, una experiencia estética y visual que difícilmente se olvida. Única porque, para cada persona, "lo suyo" tiene siempre algo de inigualable y original.

Lo primero que me evoca la Semana Santa tiene que ver con el ambiente. Un ambiente especial que se siente y que comienza mucho antes, con el sonido de tambores y trompetas en los ensayos, por muchos lugares del pueblo, que se llenan con esos toques tan familiares y tantas veces escuchados.

Un ambiente que se hace más denso y profundo con las bozainas que, durante las semanas de Cuaresma, llenan la noche chinchillana con su lamento, con su sonido doliente y conmovedor, que preparan el espíritu para las experiencias que se van a vivir.

Un ambiente que se vuelve más ajetreado con la preparación de túnicas, capuces, imágenes, andas, cirios... Un ambiente que se llena de olores y sabores, con la elaboración de platos y dulces típicos.

Y, sobre todo, un ambiente que se percibe con el bullir de niños, jóvenes y mayores, mujeres y hombres, con las conversaciones en las casas, en las calles y en las tiendas, que van teniendo un solo tema: la próxima Semana Santa, cómo será, qué novedades tendrá y, sobre todo, si el tiempo acompañará...

He de decir que yo no fui una "nazarena" típica. Aunque en la familia siempre ha habido tradición, en mi caso no comencé a salir en las procesiones de niña, sino que lo hice siendo más mayor, cuando mi experiencia de fe ya se iba configurando, y sentía la necesidad de vivir los días de Semana Santa de una manera más intensa. Los momentos de silencio, acompañando las imágenes por las calles, me ayudaban a vivir más hondamente el misterio de la Pasión del Señor.

Sin embargo, ya desde pequeña recuerdo haber seguido las procesiones, y así era en sentido literal; las seguíamos, porque formaba parte de la tradición, que con el grupo de amigas las viéramos salir de la Iglesia, desfilar por Santo Domingo, volver a verlas en la plaza y esperar hasta que, como decimos aquí, se "recogían" en la Iglesia.

Una vez comencé a salir en las procesiones, ya no dejé de hacerlo año tras año y el ser nazarena, era para mí el complemento perfecto a mi trabajo en la Parroquia, en la que durante bastantes años colaboré con las hermanas y con los jóvenes preparando las celebraciones y otros actos propios de esos días. Mi experiencia de Semana Santa no era completa si alguno de estos dos aspectos faltaba, aunque eso supusiera no tener apenas tiempo libre y que la familia no me viera mucho durante esa semana.

Me acuerdo también de las representaciones de "Jesucristo Superstar", que se hicieron durante muchos años, primero en la Iglesia y después en Santo Domingo. Seguro que puedo compartir con bastantes de los que aquí estamos el hecho de que no importaba cuántas veces la hubiésemos visto, no importaba que nos supiésemos de memoria las canciones y que conociésemos cada gesto de los actores... asistíamos una y otra vez a todas las funciones como si fuera la primera y siempre nos impresionaba la muerte de Judas, nos emocionaba el canto de María Magdalena y nos sobrecogía la muerte de Jesús.

Igualmente fue importante para mí participar en las Pascuas juveniles que organizaban las Misioneras. Ellas saben lo que les costó convencerme para vivir esta experiencia. Cuando me lo proponían, yo les contestaba que no quería irme justo los días de Semana Santa. Ellas me decían que ya podría vivirla otro año, pero yo no lo entendía así, porque para mí cada año era especial. Cuando tiempo después, ya como misionera, yo proponía a otros jóvenes esta misma experiencia y ellos me contestaban lo mismo, lo entendía perfectamente, ¡no lo iba a entender!, si yo lo había vivido.

Es por todo ello, y por mucho más, que puedo decir que nuestra Semana Santa ha conformando mi manera de ser persona, de ser creyente y de ser misionera.

Como decía al principio, durante muchos años, viví la Semana Santa fuera del pueblo, pero eso no quiere decir que la viviera desde lejos. Fui siguiendo, a través de mi familia, sus avances, las novedades que cada año se introducían, las nuevas imágenes que se iban integrando a las procesiones, y todos los actos que se iban incorporando. Entre ellos, este

mismo pregón, la presentación del cartel, las tamboradas, el homenaje a los nazarenos fallecidos, las representaciones plásticas y de una forma especial, la procesión infantil, que garantiza la continuidad de la tradición y que yo vivía de una manera particular a través de mi sobrina que, como otros muchos niños y niñas, ha heredado el interés y el entusiasmo por ser nazarena.

Algunas de estas mejoras las he podido descubrir en los últimos años, en los que me ha sido posible pasar algunos días de Semana Santa en el pueblo. He podido disfrutar viendo cómo había crecido, cómo se había hecho más importante. Desde aquí quiero dar las gracias particularmente a todas las personas que han contribuido a engrandecer nuestra Semana Santa y han hecho posible que haya sido declarada de "Interés Turístico Regional".

Permitidme que en este momento mencione a mi familia, especialmente a mi padre que, como tantos otros, pusieron su empeño, su tiempo y también, porque no decirlo, su preocupación, para hacer que cada año nuestra Semana Santa fuera mejor y más conocida.

Quiero también tener presente de manera especial el papel de las mujeres. Ellas han realizado las tareas, tal vez, más calladas y menos reconocidas: cosiendo y ajustando las túnicas, bajando dobladillos, cuando los hijos iban creciendo, colocando las flores en las andas... y aún hoy las siguen haciendo, pero también han sabido incorporarse, poco a poco, a otras funciones, primero desfilando, para posteriormente formar parte de las bandas de tambores y trompetas, y desde hace bastantes años llevando las imágenes. Todo ello es signo de que también los tiempos nos van haciendo ampliar las tradiciones y acomodarnos a lo nuevo.

Pero si hay algo que siempre permanece es que, en los días de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, la calle se hace protagonista y lo que se celebra normalmente en el interior de la Iglesia y en la intimidad del corazón, sale a la calle convertido en imágenes y en momentos inolvidables, que nos acompañarán durante todo el año.

El Viernes de Dolores comienzan las procesiones, con la presencia de María en su imagen de Nuestra Señora de los Dolores. Se pone así de manifiesto que María va a ser una de las figuras centrales de la Semana de Pasión. Y lo será como "mujer de dolores"... como mujer cercana a todas las mujeres del mundo que también experimentan en su vida múltiples dolores.

En mis últimos años como misionera he podido compartir mi vida con muchas mujeres que han de sacar adelante a sus hijos solas y que han vivido situaciones de violencia, pobreza y marginación. En ellas y con ellas he sentido también la fuerza de todas las mujeres que, como María, afrontan el dolor con entereza y permanecen firmes a pesar de las dificultades.

El Domingo de Ramos es el marco donde se sitúan los acontecimientos que van a tener lugar durante los días siguientes. Es un día auténticamente festivo, un día donde tradicionalmente se estrenaba algo, porque "el que no estrena se queda sin manos...". Y ese día, con nuestras mejores galas asistíamos a la procesión. Me acuerdo especialmente de los años en los que partía de la muralla de "Diablos y Tiradores", entorno histórico de gran belleza, que le daba un encanto especial...

Es esta una procesión menos organizada, más espontánea y sencilla, pero no menos importante. Jesús entra triunfante en Jerusalén, pero lo hace sencillamente. Su triunfo no es el del poder, sino el de la humildad. La gente sencilla lo aclama, están entusiasmados con un hombre que les descubre a un Dios cercano, portador de paz, cuya gloria consiste en el bien de toda persona. Sin embargo, los poderosos traman su muerte, no entienden el estilo de Jesús, su forma de presentar el Reino.

En este momento el pueblo manifiesta su adhesión a Jesús, al que aclama como Rey. Sin embargo, horas más tarde ese mismo pueblo pedirá su muerte. Por ello, cuando cada año se nos invita a sostener nuestro ramo o nuestra palma, se nos ofrece la posibilidad de ponernos al lado de Jesús y expresar que estamos dispuestos a permanecer con Él “en las buenas y en las malas”...

En la noche de Miércoles Santo transitamos el camino de la cruz. Se nos invita al silencio, a la meditación sobre lo que va a acontecer en la vida del Hijo de Dios... la misma forma de llevar a Jesús crucificado, no en lo alto, sino a “ras de suelo” nos muestra cómo Jesús, el Hijo de Dios se “abaja” para hacerse hombre, vive su propio camino de la Cruz y por ello puede compartir con cada uno de nosotros el sufrimiento que, en diversas circunstancias de la vida, nos toca afrontar.

El Jueves Santo se celebra la Cena del Señor, donde Jesús nos enseña su mensaje más importante **“amaos los unos a los otros, como yo os he amado”**, donde Él se hace pan y vino para nosotros, donde nos deja el gesto del lavatorio, como síntesis de una vida, y donde anticipa su total donación hasta la muerte.

Es este mensaje de amor fraterno el que ha venido a traernos de parte de su Padre, un mensaje de amor que se concreta, que se hace servicio **“...si yo el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros...”** Y este mismo mensaje es el que le hace incomprensible para los poderosos, que no entienden esta forma de vivir y de actuar. Nunca el superior sirve al inferior, nunca el poderoso se rebaja al súbdito, nunca el que manda se abaja hasta el que obedece, nunca el que es Maestro y Señor lava los pies del discípulo. Por esto lo apresan y por eso lo matarán, por destruir esta lógica que les beneficia.

Después, en la Procesión de Prendimiento, se nos presenta como el “Ecce Homo”. Es Pilato el que pronuncia estas palabras: **“Ahí tenéis al Hombre”**. Y no deja de ser paradójica esta “presentación”. Cuando Jesús se encuentra en situación de mayor debilidad, es cuando se le descubre como hombre y Hombre con mayúsculas, porque es capaz de asumir la injusticia de su detención y lo hace con una actitud de total entrega **“nadie me quita la vida, yo la doy...”**.

La imagen del “Ecce Homo” que portamos esa noche siempre me ha sobrecogido. Su mirada serena, pero de una profunda tristeza, parece decirnos sin palabras todo lo que ha venido a transmitirnos de parte de Dios. Su amor por cada una de las personas, su vida que “se pone a nuestra disposición”... y un porqué callado que se sigue “escuchando” en todos los injustamente tratados hoy en muchos lugares del mundo.

La Fundadora de nuestra Congregación Nazaria Ignacia, escribiendo sobre este momento de la vida de Jesús, expresa que Jesús es rey “coronado de espinas y con cetro de caña”, queriendo significar que es un rey servidor, cuyo único poder es el del amor.

El Viernes Santo amanece y lo hace presintiendo el encuentro que se va a producir en la plaza durante la mañana. Poco a poco van acudiendo las hermandades y se va haciendo el silencio que acompaña siempre a aquellas situaciones donde, como decimos ordinariamente, “sobran las palabras”.

Y llega el esperado encuentro. Encuentro doloroso. Juan acompaña solícito a la Madre que quiere abrazar al Hijo que sufre. Y también la Verónica se acerca a Jesús. Los Evangelios nos hablan de las mujeres que lloran por Jesús, pero esta mujer hace algo más que llorar. A pesar de que su gesto puede parecer insignificante para alguien que está en la situación de Jesús, ningún gesto de alivio lo es y la fe del pueblo entiende que este gesto merece la gratitud de Jesús, que le deja para siempre su “verdadero rostro” impreso en su paño.

Y en estos momentos tan especiales, el canto desgarrado de la Pasión que acompaña. Un sonido “asonante” y una melodía tal vez poco armoniosa, pero que da el tono justo a la escena, con unas palabras que nos van describiendo no sólo los hechos, sino más importante, los sentimientos de los protagonistas.

Por la tarde tiene lugar la celebración de la Muerte del Señor. Y cabe preguntarse ¿se puede “celebrar” la muerte de alguien?. El sufrimiento y la muerte de Jesús son la forma concreta de mostrarnos el amor más grande, un amor hasta el extremo. Desde entonces el sufrimiento, el dolor, la muerte no son algo inútil. Él ha querido solidarizarse con el sufrimiento humano, con el dolor de todos. Nos ha mostrado un Dios humano, compasivo, que padece con el que sufre. Y esto es lo que se convierte en motivo de celebración. La cruz de Jesús, para quien tiene fe, es esperanza, entereza ante la injusticia y el mal, expectativa de resurrección...

Y por la noche tiene lugar una de las procesiones que, personalmente y sé que para muchos, es de las más sentidas y apreciadas de toda la Semana Santa: la Procesión del Santo Entierro. La Virgen Dolorosa, María de las Angustias, el Santo Sepulcro, la Cruz de la Toalla van desfilando por nuestras calles. Y con ellas los nazarenos y nazarenas que cambian el color de sus túnicas y capuces por el negro, para significar exteriormente el dolor por la muerte de Jesús. Y con ellos el frío, siempre el frío que, invariablemente, acompaña como queriendo ambientar o más bien “desambientar” esta noche, en la que hasta la naturaleza parece querer demostrar su tristeza y su lado más duro, como dura y triste es la experiencia de la muerte del justo.

Durante el Sábado Santo la Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y su muerte. No podemos pasar por las cosas sin detenernos, especialmente cuando la experiencia ha sido demasiado intensa. Dios se da tiempo, la Iglesia nos da tiempo. Este día se vive como un cierto paréntesis en unos días de fuertes emociones. Es día de silencio y espera.

Sin embargo, no parece posible dejar guardadas las túnicas y los tambores, y lo que podría ser, sin más, el traslado de una imagen, se convierte de nuevo en manifestación de fe a la Virgen del Rosario. Como los apóstoles y los discípulos, el pueblo se pone al lado de María, la Madre. Ella nos enseña a “guardar en el corazón” los acontecimientos. Nos ayuda a mantener la confianza y la fe. Muchas veces en nuestras vidas solo la fe nos permite vislumbrar esperanza, cuando todo parece oscuridad, tinieblas, dolor, sufrimiento...

Pero el sábado va llegando a su fin y por la noche, en la Vigilia Pascual, celebramos que Dios resucita a Jesús. Aunque es de noche, todo es luz. Es la gran fiesta de la Pascua, el triunfo de la vida. Y el único camino para llegar a la Vida es Jesús: **“Yo soy el camino, la Verdad y la Vida”**. La Resurrección es la autentificación, la garantía que da el Padre a la propuesta de Jesús. Dios confirma su modo de vivir, las palabras y los gestos que nos ha transmitido, su paso por el mundo “haciendo el bien”...

Jesús ya no está entre los muertos. Será la fe la que hará posible creer en Él, creer en su Resurrección, tener la certeza de que el bien vencerá, la convicción de que el Dios de Jesús es un Dios de amor y de Vida, de que un mundo nuevo es posible - y ya está entre nosotros.

Y en la mañana del Domingo, se produce otro encuentro, pero en esta ocasión un encuentro gozoso. Jesús de nuevo se encuentra con su Madre, pero ya resucitado. A pesar de que los Evangelios no lo cuentan, desde siempre la fe popular ha entendido que no era posible que Jesús se apareciera a otras personas y no lo hiciera a su Madre. San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales dice que, justamente esta aparición no se cita en el Evangelio, porque los Evangelistas suponen que “tenemos entendimiento”, es decir, no es necesario escribir algo que tuvo que ser así... Jesús como cualquier hijo, seguro que tendría presente en primer lugar a su Madre. No podía ser de otra manera.

Y después de ese encuentro Jesús se hace niño, “nace de nuevo”, de nuevo nace la Vida. Es este un momento muy especial en nuestra Semana Santa. La imagen de la Virgen del Rosario vuelve a estar “completa”, en su mano vuelve a estar su Hijo.

Confieso que para mí fue un momento muy especial cuando hace unos años, pude vivir este encuentro y contemplar cómo se había incorporado la imagen de María Magdalena que, literalmente, corre a anunciar “**...he visto al Señor**”. Como misionera, María de Magdala, la primera enviada por Jesús a anunciar a sus hermanos, es una figura muy importante y modelo a seguir. Ella se siente llamada por su nombre a transmitir lo que ha experimentado, se siente profundamente querida y desde ahí se ve impulsada a contarle a los demás lo que para ella significa haber conocido a Jesús, el mensaje que transformará la existencia humana, la Buena Nueva: ¡Alegrémonos porque verdaderamente ha resucitado el Señor!

Por ello en la procesión que sigue, ya no hay capuces. Ya no se puede ocultar la alegría, que se muestra en las caras de todos, en las capas que cambian el negro o el color por el blanco, en las bandas de resucitados. Y una vez finalizada la procesión esta alegría se desborda en las marchas de las bandas, en el “baile” de las imágenes, en los caramelos que son la diversión de los más pequeños, y bueno, también de los no tan pequeños.

Terminada la última procesión, los chinchillanos y chinchillanas van pasando para cumplir con la tradición de hacerse la foto junto a la Virgen del Rosario... Seguro que muchos de nosotros, por no decir todos, en algún momento de nuestra vida tenemos esta foto. Al colocarnos delante de su imagen, nos ponemos bajo su amparo...

Y la Semana Santa llega a su fin, pero nadie quiere terminar y todos permanecen en Santo Domingo tocando sus tambores y trompetas, porque, a pesar de que el cuerpo ya casi no aguanta, el espíritu se siente alegre. Y se intercambian capas y otros utensilios como signo de que, por encima de la diversidad de las hermandades, un año más, son uno sólo, se sienten uno en la satisfacción del “deber cumplido”, del trabajo bien hecho y con ese mismo espíritu encaran la preparación de la próxima Semana Santa... un año más y todo ha estado bien y a empezar a pensar en el año que viene...

Pero todo este trabajo y esfuerzo, las procesiones y celebraciones tienen un sólo objetivo: ayudarnos a evocar y conmemorar los acontecimientos de la Muerte y Resurrección de Jesús, en su sentido más pleno, es decir, volver a “pasar por el corazón” y “hacer memoria viva” de estos Misterios.

Se trata no sólo de ver o ir en las procesiones, llevar las imágenes, tocar el tambor... sino de contemplar, de caminar acompañando a Jesús, de meditar, de sentir y preguntarnos cómo podemos hacer vida hoy lo que sucedió hace más de dos mil años, en definitiva cómo ser cristianos aquí y ahora.

Seguramente no nos encontraremos en la circunstancia de tener que dar la vida por los demás, a ejemplo de Jesús. Pero lo que sí es seguro es que continuamente tenemos oportunidades de demostrar ese amor en cosas más sencillas, más cotidianas. El amor se muestra en la actitud de servicio, en buscar que los otros sean felices, en hacer propias las necesidades de los demás, aliviándolas en la medida de nuestras posibilidades.

El Señor quiere y necesita nuestra cooperación, para que en este mundo se hagan presentes los valores del Reino. La mentira, el mal y la muerte... aunque pueda parecerlo, no tienen la última palabra. Los creyentes tenemos que comprometernos para hacer que esto cambie. Serán el amor, la paz, la bondad, la justicia, la verdad y la Vida los que vencerán, como ha vencido Jesús. Son muchos los gestos de solidaridad y muchas las personas que con su vida nos lo demuestran.

No en vano en nuestro pueblo se utiliza normalmente el término “nazareno” y “nazarena” en lugar de cofrade, penitente u otros similares. Tal vez se quiera significar una identificación con el primer Nazareno, con el mismo Jesús de Nazaret y con su Reino, con su persona y su proyecto.

Semana Santa de Chinchilla, tantos recuerdos, tantas emociones, tantas vivencias... Algunas de ellas las he querido compartir con vosotros esta noche, en el pregón de esta Semana Santa que, estoy segura será la mejor.

Muchas gracias.